

Diferencias en las denominaciones de la comunidad México-americana

Alejandra Sánchez Valencia*

Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco

Dentro de la relación bilateral México / Estados Unidos nos encontramos con que, aunado a un intercambio comercial, económico, y político, existe un fenómeno social de constante migración de mexicanos al país del norte. Las migraciones pueden ser estacionales o bien definitivas, y cuando ello sucede se traduce en un aumento de la comunidad de origen latino en territorio estadounidense.

En la percepción mexicana, existen muchos mitos e incluso deformaciones en la manera de apreciar a antiguos connacionales cuya descendencia se encuentra tan lejos y tan cerca del mexicano. Por ello resultará conveniente revisar los términos más comunes, que han resultado intercambiables, para denominar a estos ciudadanos estadounidenses que en alguna ocasión tuvieron nexos con México.

En este artículo me propongo realizar un recorrido por términos como: "beaner", "greaser", "latino", "hispano", "México-americano", "pocho", "pachuco", para finalmente llegar al de "chicano", con la finalidad de demostrar por una parte que la comunidad de origen mexicano es la que más apelativos ha recibido en comparación con otras etnias¹ en Estados Unidos, y de

* Las ideas presentadas en este artículo fueron manejadas por vez primera en mi tesis de Maestría Estudios México / Estados Unidos: "La repercusión del contacto de dos lenguas en la identidad chicana, reflejada en su literatura: análisis de cinco obras". UNAM. México, 1998.

1. Estados Unidos resulta una sociedad multiétnica, y por etnia entenderemos una herencia cultural que se comparte, donde, en forma común, tanto el idioma como la religión y los ancestros confieren una identidad social particular: "Ethnicity is a shared cultural heritage. Members of an ethnic category may have common ancestors, language, and religion that confer a distinctive social identity." (Macónis, 1996: 213). Al término "etnia" podríamos contraponer los vocablos "ciudadanía" y "nacionalidad". Ambos se enmarcan dentro del derecho y hacen referencia a la relación entre el Estado y el habitante. Así, por ejemplo, la acepción actual de "ciudadanía" nos dice que: "significa la condición jurídica de los individuos que determina, por un lado, su sumisión a la autoridad del Estado a que pertenecen, y, por otro, el libre ejercicio de los derechos y privilegios que la ley del Estado otorga, y el cumplimiento de las obligaciones impuestas por la ley de dicho Estado" (*Diccionario UNESCO de*

ahondar por otra en las singularizaciones inherentes a cada vocablo. Cada acepción refleja una manera de ser visto por los demás, y también un modo de percibirse a sí mismo, de entender la vida, de actuar. En la medida en que los mexicanos logremos apreciar las diferencias de la minoría más grande en Estados Unidos, que tuvo y sigue teniendo su origen en México, mejor preparados estaremos para tender un puente entre ambas naciones.

Será necesario, también, hacer referencia a la teoría de las cuatro generaciones utilizada por Rodolfo Alvarez (1973). Con ello se espera que, al menos para la comunidad mexicana, exista una mayor comprensión hacia una cultura que ha nacido y se nutre de una realidad bilateral.

En México resulta de lo más común intercambiar los términos “chicano”, “pachuco” y “pocho” –entre otros–, pero ello es sólo consecuencia del desconocimiento, de la costumbre y de la incompreensión, pues no son pocos los escritores y poetas mexicanos –como veremos más adelante–, que aludirán a estos hablantes extranjeros de origen mexicano, como “descastados” o “traicioneros” por haber olvidado su lengua y sus raíces.

El término con el que damos inicio a este artículo es el de *méxico-norteamericano*, o bien *méxico-americano*², porque es la acepción dada en inglés. En ese idioma tendremos *Mexican-american*, lo mismo que *Chinese-american*, o *Italian-american*, todos sustantivos compuestos que denotan al no asimilado. Parece que no pueden ser simplemente “ciudadanos estadounidenses de una gran nación”, la misma que idealizaron Los Padres Fundadores de los Estados Unidos. No se ignora el hecho de que *Mexican-American* es el término preferido por la clase media de origen mexicano, que revela así su origen pero no

Ciencias Sociales, tomo I, España, Planeta-Agostini, 1987, pág. 398), y finalmente la *nacionalidad* descansa dentro de un marco jurídico y se regula tanto por las leyes internas del Estado como por los convenios internacionales. La nacionalidad puede ser originaria, adquirida, cambiada y también perdida. Así: “...La esencia de la nacionalidad es el sentimiento del ‘nos’. Los miembros de una nacionalidad sienten que entre ellos hay un nexo de simpatía diferente de la que experimentan hacia los miembros de otra. Desean compartir una vida común” (*Diccionario UNESCO de Ciencias Sociales*, tomo III, pág. 1483).

2. Una de las distinciones más interesantes entre el inglés y el castellano es que en el primero abundan los sustantivos compuestos, formados por dos vocablos que hacen referencia a un solo sujeto, por ejemplo: “ice-cream” = helado, “sunflower” = girasol, o “Mexican-American” = México-americano. En este universo de “compound nouns”, los términos aparecen en tres modalidades: separados, unidos, y/o con guión en medio. En el caso concreto de los nombres geográficos se presenta al país, al adjetivo, y al ciudadano. A saber: Argentina o The Argentine, Argentinian, y Argentine. En otros casos, tanto la ciudadanía como el adjetivo son la misma expresión: Bolivian, Mexican, Egyptian. No debe extrañarnos, entonces, que lo que para nosotros resulta un adjetivo (México-americano), en inglés sea un sustantivo Mexican-American.

la conciencia ni su involucramiento en la política. Los méxico-americanos consideran que no existen problemas y su mayor deseo es ser vistos como ciudadanos estadounidenses de verdad. Utilizaremos el término "méxico-americano", para designar al ciudadano estadounidense de ascendencia mexicana, sin importar la generación a la que pertenezca o la postura que tenga ante la vida. En otras palabras, se utilizará como término parteaguas, en el cual se englobarán términos como: "pocho", "pachuco" y "chicano", entre otros.

En segunda instancia tenemos otro término para designar a este mismo grupo como *Latins*, esto es: *latinos*. Esta generalización incluye a mexicanos, cubanos, puertorriqueños y demás grupos latinoamericanos, como para que la fuerza e identidad que cada grupo tiene se pierda en una acepción otorgada por quienes conforman la mayoría y tienen el poder. Es decir, se generaliza de modo que no haya diferencias entre tales comunidades. El término latino también se equipara a *Latin-American*. Otros términos como *Spanish-American* hacen referencia sobre todo a los colonizadores que se establecieron en lo que actualmente es el sur de Estados Unidos.

Acepciones como *spics*, *greasers* y *beaners* son resultado del racismo, aunque se aplica a la clase social baja conformada por los trabajadores agrícolas e indocumentados. Se ha observado que en vísperas electorales no son pocos los políticos que mueven los ánimos sajones en contra de "la mancha oscura". Más que nunca, se utilizan las generalizaciones, consecuencia del racismo entre otros factores, por lo que no es de sorprender que dichas acepciones se utilicen también para denominar a la comunidad méxico-americana, sin importar su pertenencia a la clase media y su nivel educativo.

Spics tiene una connotación lingüística de repudio al inglés que producen los nuevos hablantes, es una forma de decir "ustedes no pueden decir 'speak', tienen que poner una 'e' adelante para pronunciar, y además no saben ni cómo escribir". (En castellano no tenemos combinaciones que partan de una *s* más una consonante sin antes añadir una *e*, por ejemplo: estudio, español, estampa; por lo tanto, en un primer momento del aprendizaje del inglés se tiene esta interferencia fonética de la lengua madre, que por otra parte no resulta insuperable).

Greasers se refiere al aspecto grasoso, sucio, de quien no tiene la más mínima higiene. El término data de la época en que los mexicanos migrantes de la primera oleada migratoria (1910) engrasaban los ejes de las vías férreas que ayudaron a tender.

Finalmente, *beaners* quiere decir frijoleros, y hace referencia al tan socorrido alimento de los mexicanos pobres. Como hemos visto, el racismo se presenta en las palabras aludiendo al manejo del idioma, la instrucción, el aspecto físico, e incluso la alimentación.

Otro término es el de "bato" o "vato" (en la variante chicana, la "b" y la "v" son intercambiables, cfr. González del Pino, 1994), que se refiere al joven chicano que habita en Los Angeles y utiliza un pañuelo amarrado en la frente (bandana), tatuajes en el cuerpo y muestra despreocupación al caminar.

Los chicanos no nacen de la noche a la mañana; tienen su origen en las primeras relaciones bilaterales de México y Estados Unidos, aunque no con tal denominación. Antes de analizar cada una de las adjetivaciones que se dio a la comunidad, haremos una brevísima historia de tipo generacional. Así, para Rodolfo Alvarez es importante partir del término generación y definirlo:

"What I mean by a 'generation' is that a critical number of persons, in a broad but delimited age group, had more or less the same socialization experiences because they lived at a particular time under more or less the same constraints imposed by a dominant United States society. Each generation reflects a different state of collective consciousness concerning its relationship to the larger society; psycho-historical, differences related to, if not induced by, the economic system".³

(Rodolfo Alvarez, 1973)

Hablar de generaciones ofrece ante todo la facilidad de una sistematización, un orden y una búsqueda de ser prácticos en la globalización y particularización de los acontecimientos. El hecho de que un grupo sea contemporáneo en sus experiencias y las enfrente de una forma determinada, arroja luz en cuanto a una conciencia colectiva del momento. No es de extrañar que Rodolfo Alvarez no sea el único autor que haga referencia a este tipo de categorizaciones (Cuéllar, 1972). Para él, la historia de la comunidad méxico-americana (habitantes estadounidenses de origen mexicano) puede dividirse en cuatro generaciones, la última de las cuales culmina con la aparición del *chicano* como tal:

a) *Primera generación*, o "*generación de creación*". Se conforma por todos aquellos mexicanos que, tras la firma del Tratado Guadalupe-Hidalgo en

3. Una traducción libre sería: "Lo que quiero decir con 'generación' es un número crítico, amplio, de personas pero delimitado por tener la misma edad, que tengan más o menos las mismas experiencias de socialización debido a que han vivido en un período particular bajo más o menos las mismas restricciones impuestas por la sociedad dominante estadounidense. Cada generación refleja un estado diferente de la conciencia colectiva que concierne a su relación con la sociedad mayoritaria, las diferencias psichistóricas con que se relacionan, si no es que son inducidas a ello por el sistema económico".

1848, se enteran de que la tierra que habitan entonces es de Estados Unidos. Lo paradójico del asunto fue habitar el mismo territorio, con la misma lengua y las mismas costumbres, pero bajo la autoridad de una sociedad ajena. El dominio fue de tipo económico, y los prejuicios de que fueron objeto se dieron en los niveles étnico y racial.

- b) *Segunda generación*, o “*generación migrante*”. Tiene lugar como una de las más grandes oleadas de la comunidad mexicana hacia Estados Unidos, debido a las turbulencias políticas asociadas a la Revolución Mexicana. Se habla *grosso modo* de la década de 1900, en que la mayoría de la comunidad México-americana provenía de una clase social baja, y en Estados Unidos había ingresado en los puestos más bajos de la escala social.
- c) *Tercera generación*, o “*generación México-americana*”. Aunque este último término ha sido utilizado para describir a las otras dos generaciones, en ésta es empleado por la misma comunidad, cuyo sentir está más identificado con el de un habitante estadounidense legítimo. Este fenómeno tiene lugar durante la Segunda Guerra Mundial. Se observa una permeabilidad en los estratos sociales y una movilidad del campo a la industria. Esta generación pasa a ocupar mejores puestos, sin embargo, durante este período surgirá un desencanto tras la guerra. El ciudadano México-americano tiene el sello del origen mexicano y será un “alien” ante el anglo. Por ejemplo, los soldados que fueron a la guerra y murieron en ella no fueron enterrados en los panteones anglos, sino aparte.
- d) *Cuarta generación*, o “*generación chicana*”. Durante la década de 1960, tras la reflexión y el desencanto vino más que nunca la acción, la concientización y una lucha más visible por mejores oportunidades.

Definición de hispano

Existe un término con el que se han autodesignado los habitantes de los Estados de Colorado y el norte de Nuevo México. Tal acepción es *hispanos* (*hispanics*). Argumentan que en tanto descienden de los primeros pobladores españoles que habitaban comunidades más bien cerradas, de escasa comunicación con los otros Estados, su sangre no se mezcló con la de los indígenas. En realidad, son muchas familias que, por medio de documentos, pueden demostrar que tienen origen español. Sin embargo, habría que preguntarse si efectivamente es cierto que físicamente tengan rasgos diferentes de los mestizos. Debe aclararse que a este grupo siempre le gustó decir que ellos no fueron conquistados.

La historia promovida por el misionero Fray Angélico Chávez ha ayudado mucho a conservar el mito de una anexión voluntaria. Se suscita la idea de que los habitantes de Nuevo México han participado en la política y son diferentes de los *méxico-americanos*; por ende, se los trata de otro modo, como si hubiesen sido una pequeña extensión europea. Paradójicamente, se dice que hasta 1598 sí hubo mestizaje, y que es después cuando los pobladores descendientes viven en comunidades que no vuelven a tener contacto con los indígenas.

Tino Villanueva expone de manera muy clara por qué los hispanos serían distintos de los indo-hispanos, y argumenta que es sobre todo por el grado de asimilación a la cultura mexicana y el grado de mestizaje:

“En suma, esta ‘herencia fantásica’, esta idea de ‘España fuera de España’, se da cuando una comunidad nativa tiene la necesidad de diferenciarse de un grupo inmigrante y socioeconómicamente menos aventajado, una necesidad nacida más bien de la opresión infligida por otro grupo inmigrante –anglosajón en este caso– a comienzos de este siglo en Nuevo México. Así, a través de ‘word magic and the legend of cultural differences’ (mágicas palabras y la leyenda de las diferencias culturales), como dice González, se pasa de ser descendiente de mexicanos a ser descendiente de españoles.”

(Villanueva, 1994: 36-37)

Griswold del Castillo, por su parte, al exponer el origen de las familias méxico-americanas, explica en su disertación que Nuevo México desde un principio mostró más población española que indígena, y si tomamos en cuenta una tradición que ya existía en la España conquistada por los moros, donde la mujer era la portadora de la “pureza de la sangre”, se entenderá por qué –a menos a nivel femenino– fue tan importante que se preservaran los casamientos entre españoles. Habrá que ver qué hicieron los hombres, y qué tan respetuosos fueron en cuanto a la preservación de la pureza de la sangre; de otra forma, hablaríamos de mestizaje:

“Santa Fe had a long tutelage under Spanish control and as a result developed a distinctively different social and cultural identity, one more oriented toward Spanish customs and traditions than the Mestizo Mexican.

The northern New Mexicans, or Hispanos, had a long history of resistance to outsiders who challenged their independence and deep attachment to the land [...]. Geographic isolation reinforced the traditions of conservatism in the old ways and resistance to

new authority. The New Mexico territory was not as influenced by American or Mexican immigration as was San Antonio."⁴

(Griswold del Castillo, 1989: 11 y 13)

Griswold señala que una vez que se dieron los acomodamientos de clase, las familias de la clase alta *hispana* se caracterizaron por guardar distancia respecto de otras clases, y si bien es cierto que se reunían con las clases altas de *méxico-americanos*, se sintieron diferentes de éstos debido a su origen español que, según ellos, les permitía una asimilación mayor a los estadounidenses.

Una de las informaciones más recientes sobre este orgullo hispano se presentó en una de las ponencias del Séptimo Congreso Internacional de Culturas Latinas en Estados Unidos, en la Ciudad de Taxco, Guerrero, en 1996. Alfonso Rodríguez, de la Universidad de Colorado, al hablar de la "Reconciliación con los orígenes en la construcción de una identidad", señaló el gran reto que implica el reconocer las raíces que conforman al chicano, y, de manera equilibrada, vivir dentro de la sociedad sajona. Hizo referencia al Congreso Anual de la Asociación Nacional de Estudios Chicanos efectuado en Albuquerque, y narró que una de las sesiones se dedicó al tema de "Aztlán" y que si bien la identificación general de los "chicanos" fue por los orígenes indígenas, no faltó por ahí una voz que dijera: "¿Por qué es que todas nuestras discusiones siempre giran en torno de nuestras raíces indígenas? Creo que ya es hora de que exploremos nuestro pasado hispano. ¿Qué no hay bastante de qué estar orgulloso por ese lado de nuestra herencia cultural?" (Alfonso Rodríguez, en prensa, pp. 1-2). Sobra decir que hubo un abucheo general y que el comentario se tomó como fuera de lugar. Otra voz interrumpió: "La cultura española es nuestro padre y la indígena es nuestra madre, y no está bien que desdeñemos una o la otra de las sangres que fluyen en nuestras venas" (Alfonso Rodríguez, en prensa, pág. 2).

Resulta casi increíble que todavía este tipo de discusiones sobre la pureza de la sangre siga teniendo cabida. Parecería que los hispanos se quedaron en un recuerdo eterno, en una España aprisionada en la imaginación; ¿acaso no

4. Una traducción libre podría ser: "Santa Fe tuvo una larga tutela bajo el control español, y como resultado desarrolló una identidad social y cultural bastante diferente, más orientada hacia las costumbres y tradiciones españolas que a las mestizo-mexicanas. Los nuevomexicanos del norte, o hispanos, han tenido una larga historia de resistencia hacia los de afuera, que han retado su independencia y profundizado su conexión hacia la tierra. [...] El aislamiento geográfico reforzó las tradiciones de conservadurismo a la vieja usanza y la resistencia a la autoridad. El territorio de Nuevo México no recibió la influencia de las inmigraciones de estadounidenses o mexicanos, como fue el caso de San Antonio".

hubo mezclas, sobre todo después de tantas generaciones? ¿Qué podría rescatarse de esta anécdota, relatada por un chicano? Ante todo, que los chicanos forman un grupo diverso, que hay diferencias y separaciones:

“Descubrí que, en aquella sesión general de la Asociación Nacional de Estudios Chicanos, aquellos que se identificaban más con sus raíces indígenas constituían la mayoría. Eso era de esperarse. Al parecer, los mestizos de sangre, así como de sentimientos, eran escasos allí. Sin embargo, en la asamblea se encontraban aquellos hispanos nuevomexicanos y coloradenses del sur que afirman ser descendientes directos de los primeros colonizadores españoles. Esta es una identidad que ellos expresan con un celo admirable y que les impele a repudiar casi con vehemencia los términos ‘chicano’ o ‘mexicoamericano’ (sic) como identificadores étnicos. Uno de ellos, de San Luis, Colorado, me dijo lo siguiente: “Para nosotros, palabras como ‘chicano’, ‘mexicoamericano’, o ‘mexicano’ son palabras obscenas. No somos mexicanos, somos hispanos y tenemos una larga tradición que lo demuestra”.

(Alfonso Rodríguez, en prensa, pág. 3)

Una vez más, los estadounidenses han preferido homogenizar, y así, en los estudios demográficos, nos encontramos con que *Hispanic* se equipara a *Latin-American*, igual incluyen a latinoamericanos que españoles.

Definición de “pocho”

Según Tino Villanueva (1994), la palabra *pocho* puede tener tres orígenes, dos de ellos tendrían relación con vocablos indígenas y otro provendría directamente del inglés. En cuanto a los orígenes indígenas, bien podría venir de palabras del ópata: 1) potzico, potzi, pochi, pocho; o bien 2) tacopotzi, potzi, pochi, pocho. La primera acepción hace referencia a arrancar la hierba o a cortarla, para más tarde restringirse a “cortar o arrancar”. La segunda acepción hace alusión a lo “corto” o “rabó”. Al referirse a personas, la “cortedad” aludía a la “carencia de ideas”, a la poca visión.

Sin que de ello exista prueba alguna, esta palabra bien podría haberse generado de la castellanización del inglés *poacher*, que es un cazador furtivo. Lo cierto es que al respecto faltaría más documentación y un análisis mejor fundamentado.

¿Dónde empezó a emplearse el apelativo “pochó”? Tal vez en México para designar a aquellas personas que se iban a trabajar “al otro lado”, y volvían intercalando el inglés dentro del castellano; o bien pudo haberse empleado en Estados Unidos por parte de los *méxico-americanos* para designar a aquellos compatriotas que se sentían más asimilados a la nueva cultura. En otras palabras, el apelativo *pochó* se utilizó para diferenciar las clases medias, altas, y los obreros migrantes de trabajo más bien estable, que incluso incurcionaban ya no sólo en el sector agrícola de los oriundos mexicanos, aún no asimilados, que realizaban labores de obreros no-cualificados y aún no tenían mayor dominio del inglés. Tenemos entonces una diferencia muy importante que radica en dos factores: el grado de asimilación y el sesgo clasista de un grupo respecto del otro.

Debe señalarse, por otra parte, que en México el *pochismo* se relacionó sobre todo con aquellos mexicanos que pretendían, tras su contacto con Estados Unidos, cambiar su identidad para convertirse en “gringos” (nos referimos a las personas de origen mexicano que nacieron allá). Hablamos de un *méxico-americano* que, al ser ciudadano estadounidense, debe desarrollar sus estrategias de supervivencia en la nueva cultura; sin embargo, en México resultó chocante esa pretensión de “agringarse”, que se manifestaba, entre otras cosas, en su lenguaje desviado de la lengua madre.

El escritor mexicano José Vasconcelos refleja esa postura del mexicano hacia esos compatriotas que parecen renegar de sus orígenes. Vasconcelos muestra un punto de vista que bien podría aplicarse a esa incomprensión de los mexicanos hacia otros coterráneos que hace tiempo, y por circunstancias muy particulares, para sobrevivir debieron irse adaptando a la nueva cultura. En sus *Memorias I*, Vasconcelos narra las circunstancias que gestaron la Revolución Mexicana y la serie de movimientos políticos que se dieron en tal período. En *La tormenta*, en un capítulo denominado “Asoma el pochismo”, exhibe su enfado por medio de la ridiculización de la actuación de Roberto Pesqueria, quien habitaba en Douglas, Arizona, frente a Naco, Sonora. Se hablaba de una especie de “doctrina” conocida como “nortismo”, que consistía en que la Revolución sería llevada a cabo por los habitantes del norte de la República Mexicana, y no de otro lugar:

“Además se traían una especie de doctrina de su invención que Roberto formuló en un artículo titulado ‘Los hombres del Norte’. El centro, el sur de México, estaban degenerados por la indiana y la salvación dependía de los hombres de la frontera norte, portadores de la civilización... ¿yanqui?

—No, no —aseguraba Roberto—, pero es que ha llegado la hora del predominio del Norte.

Bastaba examinar a Roberto para darse cuenta de lo que era y sería esa nueva civilización de los del Norte...”

(Vasconcelos, 1993: 512)

¿Cuál era, según Vasconcelos, todo el plan del nortismo? En resumen: la disolución de lo latino para la ocupación de lo sajón. Se trataba de una doctrina estadounidense apoyada por los norteros de México. Así, el famoso plan traducido en otros términos era el *pochismo*:

“Lo que Roberto postulaba como nortismo era, en realidad, pochismo. Palabra que se usa en California para designar al descastado que reniega de lo mexicano aunque lo tiene en la sangre y procura ajustar todos sus actos al mimetismo de los amos actuales de la región. Tan poderosa llegaría a ser aquella corriente pochista, que colocaría a uno de los suyos a las órdenes de Cailles, en el papel de Presidente de paja que desempeñó Abelardo Rodríguez. Por allí andaba, en escuelas de Arizona y en *teams* de baseball y en aprendizaje policíaco el citado ex-presidente y amo *pro-temporis* de los mexicanos ‘educándose’ en pochismo [...] sólo la ignorancia peculiar de los medios en que se criara explica que anduviese propagando la doctrina enemiga: la destrucción de la cultura latinoespañola de nuestros padres, para sustituirla con el primitivismo norteamericano que desde la niñez se infiltra en los pochos.”

(Vasconcelos, 1993: 513-514)

Como se puede observar en la cita, el pocho es presentado como un individuo de ideas cortas, que no tiene alcance para ver más allá, y que está dispuesto a que el estadounidense se adueñe de su voluntad a cambio de tecnología y estatus. Por toda la descripción hecha, más bien queda la impresión de un mexicano de clase acomodada que puede tener vivienda tanto en México como en Estados Unidos, y que está ansioso por participar de un modo de vida que juzga más civilizado, y por ende imitable, aunque por ello deba renunciar a cualquier raíz latina.

Se invita a pensar que este mismo *pocho* no es otro que el que después sería denominado *coconut*: prieto por fuera y blanco por dentro. La narración de Vasconcelos da la idea de una persona mexicana que vive en una desahogada posición económica; sin embargo, por lo antes comentado en torno al escrito de Tino Villanueva, en realidad parece que ni la posición económica ni

el lugar de nacimiento tienen mucho que ver: lo importante es endiosar la cultura del otro y devaluar la propia.

Monsiváis hace una recreación del término, y además de ubicarlo temporalmente, enmarca las características de los posibles candidatos a *pochos*:

“Entre 1940 y 1950 se difunde de modo unánime el gran vocablo denigratorio pocho, que designa al mexicano que dejó de serlo, que se cree gringo a través de un idioma inglés exhibido como trofeo de caza y un idioma español convenientemente torturado. Pocho, y no se ha hallado hasta el momento excepción a mis palabras, no es cualquier mexicano que vive en Estados Unidos: es, sobre todo, quien emigró siendo ya adulto, o el nacido en Estados Unidos de padres campesinos. El pocho es, por definición, alguien de clase media, con quien sus correspondientes mexicanos se entienden a través de la visión ridiculizadora y la imitación del acento.”

(Monsiváis, s/f: 15)

Definición de “pachuco”

Pachuco: figura de gran revuelo y controversia no sólo en Estados Unidos sino también en México. Imposible imaginarlo sin el traje que lo caracterizó e hizo que su imagen fuera retomada en México con actores como Tin-Tán. No se sabe a ciencia cierta el origen del término “pachuco”. Existen versiones que aluden al parecido de la ropa utilizada en la ciudad de Pachuca, México (lo cual se podría poner en entredicho sobre todo al momento de describirla). Otras versiones dicen que se llamaba así a los bandidos fronterizos en El Paso, Texas. El pachuco como tal nació en Los Angeles, California. Su atuendo era un traje denominado *zoot-suit*, por lo cual también se conoció a estos personajes como *zoot-suiters*: pantalones anchos, tirantes, camisas floreadas, sacos de grandes solapas, y sombreros de ala ancha con pluma. La ventaja principal era la comodidad para bailar. Este traje será entonces un símbolo de “prestigio, estatus y rebeldía” (López Castro, 1986: 121). En uno de sus ensayos, Monsiváis (s/f: 15-17) rescatará la importancia que este atuendo tuvo: “...En el fondo, el ‘disfraz’ –los sacos inmensos, los tirantes, el sombrero con plumas, las camisas floreadas– es la avidez de existir orgullosamente, así sea a través del vestuario conspicuo y el habla rítmica y jazzística, en una sociedad que a los ‘intrusos’ les niega visibilidad social y participación política”.

Otra de las características de esta moda era el uso de los tatuajes: una crucecita sobre el pulgar izquierdo a la que se ponían tres puntos, o tres comas. Los sentimientos demostrados por los “pachucos” fueron muy importantes: el desafío a la sociedad y la pertenencia a la pandilla.

Antes de proseguir con la importancia de la pandilla, sería conveniente señalar que antes de la Segunda Guerra Mundial a la población *méxico-americana* no se le permitía tener sus restaurantes dentro de los sectores anglo en Los Angeles. Además, había segregación en las escuelas, así como en las piscinas públicas –pues debían bañarse aparte, junto con los negros, en el día que se limpiaba y vaciaba la alberca–. Los barrios de las personas de origen mexicano se encontraban al este de la ciudad. Se caracterizaban por la falta de pavimento y de servicios urbanos. A esto debe sumarse la discriminación social y económica.

Los *pachucos* eran jóvenes de 13 a 17 años que se agrupaban en pandillas que representaban a su barrio o vecindad (“White Fence Gang”, “Alpine Street”, etc.). Se caracterizaban, además, por los bajos ingresos. Otra de las características importantes que tuvieron los pachucos para marcar su frontera fue el uso del idioma. Se trató de una jerga especial para comunicarse con sus amigos de banda: “El pachuco hablaba español, pero cuando estaba con sus compañeros empleaba con mayor frecuencia el caló. El caló era el idioma del barrio, resultado de la mezcla de español, inglés, español antiguo y palabras adaptadas por los mexicanos de la frontera” (Acuña, 1976: 251).

Lamentablemente, la opinión que prevaleció en el público anglo fue que los *zoot-suiters* o *pachucos* eran una serie de delincuentes, incluso relacionados con la mafia. Lo único que provocaron los periódicos, al emitir noticias sensacionalistas, fue llamar la atención sobre hechos exagerados, donde los pachucos se volvieron objeto de la persecución policíaca.

Ahora presentaremos dos puntos de vista de escritores mexicanos en torno de la imagen del pachuco. Octavio Paz y Carlos Monsiváis, en épocas muy distintas, manifestaron su opinión. El primero mostró “el punto de vista tradicional del mexicano en México”, y el segundo presentó una nueva pauta sobre la visualización de algunos mexicanos respecto del fenómeno de sentirse tan lejos y tan cerca de una comunidad de origen mexicano que vive en Estados Unidos, que ha seguido su propio curso y evolución.

En *El laberinto de la soledad*: “ejercicio de la imaginación crítica: una visión y, simultáneamente, una revisión. Algo muy distinto a un ensayo sobre la filosofía de lo mexicano o a una búsqueda de nuestro pretendido ser” (pág. 150), Octavio Paz intenta mostrar en el capítulo uno –titulado “El pachuco y otros extremos”– uno de los términos a los que puede llegar el mexicano en su

soledad. Un límite donde en definitiva resulta un verdadero problema el ser mexicano, o, como diría Octavio Paz: “Por eso, al intentar explicarme algunos de los rasgos del mexicano de nuestros días, principio con eso para quienes serlo es un problema de verdad vital, un problema de vida o muerte”. Más adelante, señala:

“Como es sabido, los ‘pachucos’ son bandas de jóvenes, generalmente de origen mexicano, que viven en las ciudades del sur y que se singularizan tanto por su vestimenta como por su conducta y lenguaje. Rebeldes instintivos, contra ellos se ha cebado más de una vez el racismo norteamericano. Pero los ‘pachucos’ no reivindican su raza ni la nacionalidad de sus antepasados. A pesar de que su actitud revela una obstinada y casi fanática voluntad de ser, esa voluntad no afirma nada concreto sino la decisión –ambigua, como se verá– de no ser como los otros que los rodean. El ‘pachuco’ no quiere volver a su origen mexicano; tampoco –al menos en apariencia– desea fundirse a la vida norteamericana. Todo en él es impulso que se niega a sí mismo, nudo de contradicciones, enigma.”

(Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, pág. 16)

Es decir que, por una parte, el pachuco no quiere volver al origen mexicano, y por la otra tampoco se quiere fundir, *asimilar* y *adaptar* en la sociedad estadounidense. Eso es lo que da singularidad a este ser, ¿por qué tener que escoger entre una u otra identidad, si en realidad quien ha nacido es alguien nuevo y que está luchando por afirmarse, por autodefinirse? Claro que en ese camino es válido ir probando, ir midiendo alcances, poniendo límites. En este sentido, el *pachuco* es todo un pionero de lo que más tarde será el movimiento “chicano”. ¿Acaso existe algo de qué avergonzarse en un ser que lucha por definirse y darlo a conocer a los demás?

¿Por qué la insistencia de Octavio Paz, que más bien suena a terrible resignación para México, cuando dice: “Queramos o no, estos seres son mexicanos, uno de los extremos a que puede llegar el mexicano.” En realidad, conviene insistir, ya no son mexicanos, pertenecen a otro tipo de comunidad. ¿Por qué esa actitud de querer acaparar a otros ciudadanos, y pretender benevolencia ante el hijo pródigo siempre y cuando éste prometa ser bueno y reconocer ser mexicano?

Carlos Monsiváis señalaría:

“La excelencia prosística de Paz no atenúa su desinformación sobre las dificultades de los niños mexicanos en Estados Unidos

para el aprendizaje del inglés y el perfeccionamiento del español sobre la estética que presupone una ética sobre la vestimenta que es fantasía destinada a capturar la modernidad negada a inmigrantes pobres, sobre el habla (spanglish) cuya mezcla es agudo criterio de realidad.”

(Monsiváis, s/f: 16)

Por otra parte, Monsiváis plantea el particular estilo del pachuco no como una excentricidad disparatada, sino como un barroquismo, una llamada de atención, una búsqueda de identidad:

“Con rapidez, los pachucos imaginaron ropas y conductas de ‘extravagancia moral’ contenida y desplegada, conductas y vestimentas que eran a la vez un desafío al sistema norteamericano y una arrogante solicitud de ingreso; un alejamiento de la tradición de sus padres y un reconocerse distintos por seguir siendo mexicanos; un doble distanciamiento irónico de lo típico mexicano y de lo típico norteamericano.”

(Monsiváis, s/f: 16-17)

Es cierto el comentario de Octavio Paz sobre el “dandismo grotesco y la conducta anárquica” que mostraban los pachucos en su “voluntad personal de seguir siendo distintos” (Paz, *op. cit.*: 16-17). Sin embargo, ello no debe traducirse en una incapacidad de asimilación, sino más bien en la postura de no ceder si no se está de acuerdo.

¿Qué papel desempeñó entonces el pachuco dentro de este recorrido de nombres e identidades de la comunidad de origen mexicano? Ante todo, ser un pionero y un antecedente del chicano, punto de vista que concuerda con lo dicho por Acuña, y ahora por Monsiváis: “El pachuco no quiere huir de su herencia, intenta evadirse de su porvenir evidente, y en la muy estilizada reconstrucción de Luis Valdez, *Zoot Suit*, el pachuco queda como rito de pasaje de los chicanos” (Monsiváis, s/f: 17).

Definición de chicano, chicanismo y los postulados del movimiento

Al hablar del apelativo “chicano”, surgen ideas concernientes a una reivindicación, a un intento por romper el estereotipo. Ralph Guzmán (1974: 21-23) por ejemplo, señala *grosso modo* las características estereotípicas dadas por el grupo “in power” vs. el grupo “out of power”, es decir, la visión que

tienen los anglos de los chicanos, a quienes consideran como temperamentales, flojos, apáticos, sin objetivos, sumisos, y en otras tantas ocasiones como trabajadores fieles, como mano de obra barata, católicos, y sin objetivos en la vida.

No es de extrañar entonces que llegue un momento en que los estereotipados decidan que la etiqueta de *chicanos* –como término peyorativo que conlleva toda una carga de ideas preconcebidas, en las que no hay verdadero juicio crítico– ya no sea motivo de vergüenza, sino de orgullo. La exhiben entonces como identificador de un modo de ser que significa luchar, actuar, pensar, sentir...:

“The term *Chicano*, once used almost exclusively by poor, lower class Mexicans who struggled for economic survival in the crowded *barrios* of the Southwest, was also avoided by the Mexican *bourgeoisie* who lived in more comfortable surroundings. Today, the term has been re-enforced, particularly by the young descendants of both economic classes.”

(Ralph Guzmán, 1974: 33)⁵

Tino Villanueva, en su prólogo a *Chicanos: antología histórica y literaria*, parte del uso de la palabra *chicano* como a él mismo le tocó escucharla en su tierra natal (Texas). En aquellos días se utilizaba para referirse a los trabajadores de más baja clase social, que servían tanto en las tareas agrícolas como en las ferroviarias y en las de carácter urbano. Su característica principal no era sólo el origen humilde sino también su transitoriedad: su trabajo en una y otra parte de Estados Unidos se daba por temporadas.

El término resultaba peyorativo, y en otras tantas ocasiones se utilizaba también como sinónimo de mexicano. Se utilizó también para distinguir dos tipos de mexicanos: el nacido de aquel lado sería el *chicano*. Las leyes darían un uso más a tal término, debido a la recurrencia que se tendría en los asuntos legales, y así se entendería por chicano cualquiera que pudiera demostrar su ascendencia tanto hispánica como indohispana. Por otra parte, “chicano” sería un término intercambiable con *Mexican-American*, *Latin-American* y *Spanish-surnamed individual*.

5. Una traducción libre podría ser: “El término chicano, alguna vez utilizado casi de manera exclusiva para la clase baja mexicana que luchaba por la supervivencia económica en los barrios superpoblados del sudoeste, también fue evitado por la burguesía mexicana que vivía en entornos más confortables. Hoy en día, el término ha sido fortalecido, en particular por los jóvenes descendientes de ambas clases sociales”.

En cuanto a la etimología del vocablo, no hay nada en concreto. Un par de suposiciones interesantes que convendría retomar: la primera es que *chicano* viene de *mexicano*: la “X” debió pronunciarse como “sh” y luego “ch” durante el período colonial. La segunda suposición se da en torno del término *chinaco*, con el que se designaba a los soldados liberales que peleaban junto a Juárez, y que se utilizó durante la Revolución Mexicana para denominar a los combatientes de los Generales (Pancho Villa, por ejemplo). Así, *chinaco* es utilizado como *chicano* por los estadounidenses en forma despectiva para designar a la población del sudoeste norteamericano. En México, el bracero que regresa trae no ya la palabra *chinaco*, sino *naco*.

Es en la década de 1960, a raíz del movimiento, cuando la despectiva palabra sería retomada con un nuevo significado. En la postura de decir “soy chicano” se pisa ya el terreno de la identidad. En este sentido, el término es reivindicado, ennoblecido; lo despectivo tiene ahora un valor positivo, de orgullo, y abarca a una colectividad de origen mexicano, sin importar la posición social, ni qué tan cercana o lejana esté la raíz mexicana. Existe la autodefinición, la conciencia de clase, la conciencia política, y se dan los ingredientes para desafiar:

“Habiendo sido rescatada por una juventud que la ennoblece encendiéndola de concientización popular, de protesta social y de orgullo cultural, aquella palabra maldita, chicano, para bien o para mal y contra viento y marea, serviría de ahí en adelante de divisa personal y de emblema colectivo, como también de oración mitigadora y, en momentos de acción social, de grito animador.”

(Villanueva, 1994: 17)

Baste de ejemplo recurrir a una de las mejores voces de la literatura chicana, Tino Villanueva, quien confronta el estereotipo con el orgullo de autodenominarse *chicano*:

“Una crítica dominada por una actitud paternalista ha hecho de nosotros especímenes caricaturescos y folklóricos, *quaint and curious*, esto es, bichos raros curiosillos. Léanse, por ejemplo, los estudios sociológicos de antes de 1965, por citar una fecha arbitraria, y asístase al curioso proceso de adjetivarnos *indolent* (perezosos), *fatalists* (fatalistas) y *non-goal oriented* (sin horizontes, meta o propósito alguno en la vida). Piénsese, además, en aquellos estudios lingüísticos que llegan a concluir que lo que hablamos es una especie de *Spanglish* (espaninglés), o sea, ni es-

pañol ni inglés, lo cual supone entonces que somos *non-lingual*, incapaces de la comunicación ni entre nosotros mismos siquiera.”
(Villanueva, 1994: 41)

Podemos entonces, con estos elementos, narrar el surgimiento en 1966 del Movimiento Chicano, en el sur de California. Se trató de la expresión política de la comunidad de origen mexicano en el sudoeste. En lo particular, el *chicanismo*, lejos de ser una mera expresión política, fue una expresión del ser humano integral, visto en todas sus facetas, incluyendo el arte. Para Cuéllar, que limita el movimiento a sólo una de sus aristas, resulta que:

“La ideología del ‘chicano’ incluye una amplia definición de la actividad política. Irónicamente, esta manera de pensar fue posible solamente a una nueva generación de jóvenes mexicanos urbanizados y anglicados; es decir, asimilados con menos cargas sociales y restricciones de clase que sus mayores, cuya educación los había expuesto a nuevas ideas.”
(Cuéllar, 1972: 276-277)

Si bien es cierto que el *chicanismo* se caracterizó por su heterogeneidad, también lo es que se pudieron hallar tanto raíces comunes en los antepasados, como problemáticas compartidas.

“El *chicanismo* trata de lograr una nueva definición de la identidad del mexicano no en vista de clases, generaciones ni lugares de residencia, sino con fundamento en una experiencia única, compartida durante la vida en los Estados Unidos. Esto significa que los llamamientos para ejercer la acción política, lograr el progreso económico y alcanzar una reorientación de la identidad cultural se refieran a la historia común, a la cultura y a los antecedentes étnicos de la *raza*.”
(Cuéllar, 1972: 284)

¿Cómo dejar a un lado, por lo menos para rememorar, las luchas de los trabajadores chicanos para que su mano de obra fuese reconocida? ¿Cómo olvidar la movilización de las comunidades estudiantiles para defender su derecho a una mejor preparación, a una educación bilingüe y a un trato en que no se menospreciara la cultura proveniente de una de sus raíces, la mexicana? Finalmente, ¿cómo pasar por alto el hecho de defender un derecho al voto, a la representación política? *Grosso modo* la emergencia de las organizaciones y los movimientos es la misma: el descontento con la situación que existía y

el anhelo de cambiarla, la convicción de que tal situación podía ser modificada y mejorar el estatus social, económico y político. Dentro de los acontecimientos colaterales que impactarían el sentir chicano encontramos: la Segunda Guerra Mundial, la guerra de Corea, la guerra de Vietnam, la revolución cubana y las protestas del "Black Power".

Independientemente de la heterogeneidad debida a la procedencia y la ocupación (trabajadores del campo, urbanos, etc.), es necesario destacar que hubo tanto autodeterminación política como un énfasis en el nacionalismo cultural y en la identidad. Dentro de los logros hubo una apertura (aunque hasta la fecha sigue reservada a cierto número de plazas) en el sistema educativo tanto en colegios como universidades, hubo una mejoría de empleos, se dio marcha a los programas y centros educativos chicanos, mayor participación de la mujer a nivel laboral y político, reconocimiento de la cultura (con todas sus manifestaciones artísticas, a saber: cine, radio, literatura -teatro, poesía, prosa-, televisión), murales, pintura, escultura y educación bilingüe.

Podemos decir así del *chicanismo* que se trató de un movimiento social en que se buscaba un cambio de costumbres y de instituciones. El desafío de tal ideología fue retar a la comunidad anglo, al sistema, y hacer valer sus derechos:

"...está enfocado a la experiencia de la vida del mexicano en los Estados Unidos. Desafía el sistema de creencias de la sociedad mayoritaria al mismo tiempo que trata de reconstruir una nueva imagen de los mexicano-norteamericanos: Los chicanos parten de la premisa de que, al igual que los negros y que los indígenas norteamericanos, los mexicanos viven en los Estados Unidos como gente conquistada."

(Cuéllar, 1972: 281)

Dentro de los postulados del *chicanismo* nos encontramos con: una nueva definición de *identidad*, búsqueda de oportunidades escolares, devolución del territorio Aztlán, y mayor participación política durante las elecciones. Debe decirse que en el movimiento también se dieron estas características: faltó una mayor consolidación en tanto el gran regionalismo y dispersión ya que cada líder luchaba en su región: Reies Tijerina, Corky Gonzáles, César Chávez, por mencionar sólo a algunos; y por otra parte faltó sustento político y organizativo respecto al voto.

Actualmente se puede decir que el llamado movimiento chicano derivó más en el ámbito cultural, y que en el terreno político si bien es cierto los primeros líderes se decepcionaron, los candidatos políticos de origen *méxico-*

americano están mucho más preparados y en determinados periodos presidenciales han ocupado importantes puestos políticos, baste mencionar en la administración Bush a Manuel Luján del Departamento de Educación, y a Eduardo Cabazos del Departamento del Interior.

Hemos visto, a lo largo de este análisis, que en conjunto, la comunidad de origen mexicano es el grupo que más apelativos ha recibido, y no es sino otro mecanismo para escindir con respecto al país, para fragmentar con respecto al todo y a las partes, para confundir, para perder en la generalidad otras tantas veces.

Podemos concluir que muchos términos hacen referencia a un momento particular del individuo estadounidense de origen mexicano. Señalan una postura particular para ver la vida, para desempeñarse. Son formas de mostrar cuál es su mundo, el mundo que les tocó vivir, facetas de una identidad que se reflejó no sólo en la vestimenta y el peinado, sino en el discurso, en la manipulación del lenguaje, y la recreación que de ésta harían los autores chicanos en su producción literaria.

Tener conciencia como mexicanos de referirnos a individuos con una cultura propia, (independientemente de que alguna vez las raíces de aquéllos se hubiesen encontrado en México), nos ayudará a ampliar nuestro marco de referencia y nuestra comprensión. Como fue señalado con anterioridad en referencia a lo escrito por Octavio Paz: “¿Por qué esa actitud a veces un tanto de ‘acaparamiento ciudadano’ y otras tantas de ‘pretendida benevolencia’ ante el hijo pródigo, siempre y cuando éste prometa ser bueno y reconozca ser mexicano?”, o bien como se indicó, “¿Por qué tener que escoger entre una u otra identidad, si en realidad quien ha nacido es alguien nuevo, y que está luchando por afirmarse, por autodefinirse?”.

Finalmente, en la medida en que impere la comprensión de lo que parece tan ajeno se descubrirán los motivos que guían el desempeño de un individuo, y podrán tenderse puentes de comunicación, en lo que antes parecían caminos fracturados por la intolerancia.

Bibliografía

- ALVAREZ, Rodolfo (1973) “The Psycho-Historical and Socioeconomic Development of The Chicano Community in The United States.” (Reimpreso por la Social Science Quaterly, 53 (Marzo): 920-942.
- ACUÑA, Rodolfo (1976) *América ocupada. Los chicanos y su lucha de liberación*. México, Era (1ra. edición: 1972, en inglés).

- CUELLAR, J. A. (1972) "Perspectivas políticas", en Moore y Cuéllar, *Los mexicanos en los Estados Unidos y el movimiento chicano*. México, FCE.
- GONZALEZ DEL PINO, Salvador (1994) "El idioma de Aztlán: una lengua que surge" en Tino Villanueva (comp.), *Chicanos. Antología histórica y literaria*. México, Fondo de Cultura Económica. Colec. Tierra Firme (1ra. edición; Tierra Firme, 1980).
- GRISWOLD DEL CASTILLO, Richard (1989) *La familia. Chicano Families in the Urban Southwest 1848 to the Present*. USA, University of Notre Dame Press.
- GUZMAN, Ralph (1974) "The Function of Anglo-American Racism in the Political Development of Chicanos", en García, F. Chris. *La causa política. A Chicano Politics Reader*. UK, University of Notre Dame Press.
- LOPEZ CASTRO, Gustavo (1986) *La casa dividida: un estudio de caso sobre la migración a Estados Unidos en un pueblo michoacano*. Zamora, El Colegio de Michoacán.
- MACIONIS, John (1996) *Society The Basics*. USA, Prentice-Hall (1ra. edición: 1992).
- MAYBERRY, Jodine (1990) *Mexicans. Recent American Immigrants*. USA, Franklin Watts.
- MCWILLIAMS, Carey (1990) *North from Mexico. The Spanish-Speaking People of the United States*. Estados Unidos, Praeger Publishers (Updated material by Matt S. Meier). (1ra. edición: 1948).
- MONSIVAIS, Carlos (s/f) "Los chicanos". *Periodical. The Zoot Suit Riots*. s/ed. s/a. pp. 15-17 (Fotocopias Maestría Estudios México-Estados Unidos, ENEP Acatlán).
- PAZ, Octavio (1994) "El Pachuco y otros extremos", en *El laberinto de la soledad. Posdata. Vuelta a El laberinto de la soledad*. México, Fondo de Cultura Económica. (1ra. edición: 1950).
- RAMIREZ MORALES, Axel (1992) *La comunidad chicana en Estados Unidos: retrospectiva histórica*. (Biblioteca Prepa 7, nro. 4). México, Ediciones de la Viga.
- RODRIGUEZ, Alfonso (en prensa) "Reconciliación con los orígenes en la construcción de una identidad". University of Northern Colorado. Ponencia presentada en el 7º. Congreso Internacional de Culturas Latinas en Estados Unidos. 7 al 11 de agosto de 1996. Taxco, Guerrero.
- VASCONCELOS, José (1993) *Memorias I. Ulises Criollo. La Tormenta*. México, Fondo de Cultura Económica. (1ra. edición: 1936).
- VILLANUEVA, Tino (comp.) (1994) *Chicanos. Antología histórica y literaria*. México, Fondo de Cultura Económica, Colección Tierra Firme. (1ra. edición: 1980).